

«¡Luego!» Una palabra, una expresión, una actitud. Nunca había escuchado a nadie utilizar «luego» para despedirse. Me resultó arisco, seco y despectivo, dicho con la velada indiferencia de alguien a quien le daría igual no volver a verte o no saber nada de ti.

Es el primer recuerdo que tengo de él y aún hoy puedo oírlo. «¡Luego!»

Cierro los ojos, pronuncio la palabra y vuelvo a estar en la Italia de hace tantos años, caminando por la acera arbolada y viéndole salir del taxi con una camisa azulada con un estampado ondulado, con los cuellos bien abiertos, las gafas de sol, un gorro de paja y mucha piel a la vista. De repente me da la mano, me entrega su mochila, saca el equipaje del maletero del taxi y me pregunta si mi padre está en casa.

Puede que todo comenzase precisamente allí y en aquel instante: la camisa, las mangas remangadas, los pulpejos redondeados de su talón que se escapan de las alpargatas desgastadas, ansiosos por probar la cálida gravilla del camino que lleva a nuestra casa y preguntando con cada zancada por dónde se va a la playa.

El huésped de este verano. Otro pelmazo.

Entonces, casi sin mediación y ya de espaldas al coche, agita el envés de la mano que le queda libre y suelta un despreocupado «¡luego!» a otro pasajero que había en el coche con quien probablemente hubiese compartido el pago de la carrera desde la estación. Ni siquiera dijo un nombre o hizo una bromilla para suavizar la abrupta despedida. Nada. Le despachó con una palabra: brusca, au-

daz y franca. No había forma de que le hubiese podido molestar.

Observa, pensé yo, así es como se despedirá de nosotros cuando llegue el momento. Con un brusco y chapucero «¡luego!».

Mientras tanto, tendremos que soportarle durante seis largas semanas.

Estaba francamente intimidado. Era uno de los inaccesibles.

Bueno, podría intentar que me gustase. Desde su barbilla redondeada hasta sus pulidos talones. Y después, tras unos días, aprendería a odiarle.

Ésta era la misma persona cuya foto de la solicitud había resaltado meses antes como promesa de unas afinidades instantáneas conmigo.

Acoger a huéspedes durante el verano era la manera que tenían mis padres de ayudar a profesores universitarios jóvenes a revisar un manuscrito antes de su publicación. Todos los veranos durante seis semanas debía dejar libre mi habitación y mudarme a un cuarto del pasillo mucho más pequeño y que había sido de mi abuelo. En los meses de invierno, cuando estábamos en la ciudad, se transformaba en un cobertizo, almacén y ático a tiempo parcial, donde se rumorea que mi abuelo, mi tocayo, aún rechina sus dientes en su sueño eterno. Los residentes estivales no tenían que pagar nada, se les otorgaba un uso libre de toda la casa y podían hacer básicamente lo que les apeteciese siempre y cuando dedicasen más o menos una hora al día a ayudar a mis padres con la correspondencia y papeleos varios. Se convertían en parte de la familia y, después de unos quince años haciendo esto, nos habíamos acostumbrado a recibir una tonelada de postales y regalos, no sólo en Navidad, sino todo el año, de gente que estaba en deuda emocional con mi familia y que solía desviar

sus itinerarios cuando venía a Europa para pasarse por B. durante un día o dos con sus familias y darse un paseo nostálgico por sus antiguos refugios.

Era común que durante las comidas hubiese dos o tres invitados más, unas veces familiares o vecinos, otras compañeros de clase, abogados, médicos, personas ricas y famosas que se acercaban a ver a mi padre de camino a sus casas de verano. En ocasiones, incluso abríamos nuestro comedor a parejas de turistas ocasionales que habían oído hablar de la vieja casa de campo y simplemente deseaban pasarse por allí a echarle una ojeada y se quedaban encantados cuando les invitábamos a comer y les pedíamos que nos contasen algo de su vida, mientras que Mafalda, a la que se informaba en el último momento, cocinaba su especialidad más novedosa. A mi padre, reservado y tímido en privado, lo que más le gustaba era rodearse de valiosos expertos en cualquier campo para mantener largas conversaciones en varios idiomas, mientras el caluroso sol estival y unas cuantas copas de *rosatello* daban entrada a la tarde con su inevitable letargo. Denominábamos a ese cometido la *labor del almuerzo* y, al poco tiempo, también se unían a él la mayoría de nuestros invitados de seis semanas.

Quizá todo comenzase poco después de su llegada, durante una de aquellas comidas tremendas, cuando se sentó junto a mí y me di cuenta de que, aparte de un ligero bronceado conseguido durante su breve estancia en Sicilia a comienzos de aquel verano, el color de las palmas de sus manos era igual de pálido que la suave piel de las plantas de los pies, la del cuello o la del envés de sus antebrazos, que no habían estado expuestas tanto al sol. Lucían casi de un rosa claro, tan brillante y suave como la parte inferior del estómago de un lagarto. Íntimo, casto, implume, como el rubor en la cara de un atleta o el atisbo

de la aurora en una noche tormentosa. Me dijo cosas sobre él que nunca hubiese sabido cómo preguntar.

Puede que comenzase durante aquellas interminables horas después de comer cuando todo el mundo holgazaneaba en traje de baño por la casa, cuerpos espatarrados en cualquier lugar matando el tiempo hasta que alguien sugería ir a las rocas a darse un baño. Los parientes, primos, vecinos, amigos, amigos de amigos, colegas, o básicamente cualquiera que le apeteciese llamar a nuestra puerta para pedir que le dejásemos utilizar nuestra cancha de tenis, todo el mundo era bienvenido a gandulear, nadar o comer y, si permanecían el tiempo suficiente, a utilizar la casa de invitados.

O quizá comenzó en la playa. O en la cancha de tenis. O durante nuestro primer paseo juntos el primer día que estuvo aquí cuando me pidieron que le enseñase la casa y los alrededores y, una cosa llevó a la otra, me las arreglé para llevarle más allá de las viejísimas puertas de hierro forjado y llegamos hasta el interminable solar vacío que llevaba hacia las vías del tren abandonadas que solían conectar B. con N.

—¿Hay alguna estación abandonada en algún lugar? —me preguntó mientras observaba entre los árboles bajo un sol abrasador, con la intención probable de formular una consulta típica que se debe hacer al hijo del dueño.

—No, nunca hubo una estación. El tren simplemente paraba cuando se le solicitaba.

Le llamaba la atención el tren; las vías parecían muy estrechas. Había gitanos que vivían en ellas ahora. Llevan habitando ahí desde que mi madre venía a veranear aquí cuando era niña. Los gitanos han transportado dos vagones descarrilados más hacia el interior. ¿Quería ir a verlo?

—Quizá luego.

Una indiferencia educada, como si se hubiese percatado de mi inoportuno entusiasmo por darle coba y se estuviese alejando de mí sumariamente.

Me dolió.

En lugar de eso me dijo que quería abrirse una cuenta en uno de los bancos de B. y luego hacer una visita a la traductora al italiano a quien su editor en Italia había adjudicado su libro.

Decidí llevarle allí en bici.

La conversación sobre ruedas no mejoraba la que habíamos tenido a pie. Por el camino paramos a por algo para beber. La *bartabaccheria* estaba completamente a oscuras y vacía. El dueño fregaba el suelo con un fuerte producto a base de amoníaco. Salimos de allí a toda velocidad. Un solitario mirlo que descansaba sobre un pino mediterráneo entonaba unas pocas notas que se perdían inmediatamente entre el zumbido de las cigarras.

Le di un buen trago a la botella grande de agua con gas, se la pasé y luego volví a beber. Me eché un poco en la mano y me froté con ella la cara, pasándome los dedos por el pelo. El líquido no estaba lo suficientemente frío, ni tenía mucho gas por lo que dejaba una sensación de sed mal aplacada.

¿Qué se podía hacer por allí?

Nada. Esperar a que acabase el verano.

Y entonces, ¿qué se hacía en invierno?

Sonreí al pensar en la respuesta que estaba a punto de darle. Él lo pilló al vuelo y dijo: «No me lo digas: esperar a que llegue el verano, ¿a que sí?».

Me gustaba que me leyese la mente. Entenderá la *labor del almuerzo* antes que muchos de los que llegaron primero.

—En realidad este lugar durante el invierno se vuelve muy gris y oscuro. Venimos en Navidad. De lo contrario sería una ciudad fantasma.

—¿Y qué más hacéis aquí durante la Navidad aparte de asar castañas y beber ponche de huevo?

Me estaba vacilando. Le mostré la misma sonrisa que antes. Lo entendió, no dijo nada y ambos nos reímos.

Me preguntó qué hacía yo. Jugaba al tenis. Nadaba. Paseaba de noche. Corría. Transcribía música. Leía.

Me dijo que él también salía a correr. Por la mañana temprano. ¿Por dónde se podía hacer ejercicio allí? Prácticamente sólo por el paseo. Se lo podía mostrar si quería.

Y justo cuando parecía que de nuevo comenzaba a gustarme, me dio con un canto en los dientes: «Quizá luego».

Había puesto «leer» al final de mi lista, pensando que con la actitud testaruda y descarada que había tenido él hasta ahora, leer también hubiese sido lo último de la suya. Una hora después, cuando me acordé de que acababa de escribir un libro sobre Heráclito y que, por tanto, «leer» sería una parte muy significativa en su vida, me di cuenta de que debía dar un poco de marcha atrás y hacerle saber que mis intereses reales iban muy parejos a los suyos. Sin embargo, lo que me desconcertaba no era tener que hacer elegantes juegos malabares para conseguir redimirme, sino las desagradables dudas que me venían asaltando tanto antes como durante nuestra conversación informal junto a las vías del tren y que me hacían creer que continuamente, sin percatarme y sin ni tan siquiera admitirlo había estado intentando (sin éxito) recuperarle.

Cuando me ofrecí (a todos los visitantes les había encantado la idea) a llevarle a San Giacomo y subir andando hasta la parte más alta del campanario que habíamos apodado algo-por-lo-que-morir, debería haber reaccionado mejor que simplemente quedándome pasmado sin una respuesta. Pensé que le llevaría por allí tan sólo para que subiese y pudiese echar un vistazo al pueblo, al mar, a la eternidad. Pero no. ¡Luego!

Sin embargo, puede que hubiese empezado mucho después de lo que pensaba, sin que yo me diese cuenta de nada. Miras a alguien, pero en realidad no ves a la persona, está entre bastidores. O te percatas de su presencia pero no conectas, no «pillas» nada y antes incluso de percibir su estampa o alguna extraña perturbación, se te han pasado las seis semanas que tenías y en ese momento, o ya se ha marchado o está a punto de hacerlo y entonces te encuentras peleando para poder asimilar algo que, sin tú saberlo, se ha estado gestando ante tus narices y que muestra todos los síntomas de lo que comúnmente se denominaría «Yo quiero». ¿Cómo pude no notarlo?, os preguntaréis. Reconozco el deseo cuando lo veo y así sin embargo, esta vez, se me pasó por completo. Iba en busca de la sonrisa maliciosa que arrojase una repentina luz sobre su gesto cada vez que me leyese la mente, cuando lo único que quería era piel, tan sólo piel.

Durante la cena de su tercer día allí me dio la sensación de que me estaba mirando fijamente mientras yo exponía *Las siete palabras de Cristo en la cruz* de Haydn que llevaba tiempo transcribiendo. Ese año tenía diecisiete y como era el más pequeño de la mesa y el que menos posibilidades tenía de ser escuchado, había creado el hábito de meter la mayor cantidad de información con el menor número de palabras posible. Hablaba rápido, lo que hacía creer a la gente que estaba siempre nervioso y me trastabillaba con los términos. Cuando terminé de presentar mi transcripción, me percaté de una intensa mirada que me llegaba por la izquierda. Me sentí emocionado y halagado; obviamente estaba interesado en mí, le gustaba. No había sido tan complicado al final. Pero cuando por fin, después de mi turno, me giré para examinarle y ver su mirada, descubrí un semblante frío y helador; algo a la vez hostil y vitrificante que rozaba la crueldad.

Me desarmó por completo. ¿Qué había hecho yo para merecer tal cosa? Quería que volviese a ser amable conmigo, que se riese como había hecho tan sólo unos pocos días antes en las vías del tren abandonadas, o cuando aquella misma tarde le expliqué que B. era el único pueblo de Italia donde la *corriera*, la línea regional de autobuses que llevaba a Cristo, pasaba de largo sin parar nunca. Se rió de inmediato al entender la referencia velada al libro de Carlo Levi. Me gustaba cómo nuestras mentes parecían trabajar de forma paralela y, de manera instantánea, inferíamos los juegos de palabras del otro, pero al final siempre nos conteníamos.

Iba a ser un vecino difícil. Será mejor que me mantenga alejado de él, rumié. Y pensar que casi me enamoro de la piel de sus manos, de su pecho, de sus pies que nunca habían pisado tierra áspera en su vida y de sus ojos que cuando te dedicaban la otra mirada, la de semblante dulce, te portaban el milagro de la resurrección. Nunca era demasiado tiempo el que pasabas mirándolos, sino que necesitabas seguir al tanto para averiguar por qué no podías evitarlo.

Debí haberle lanzado una mirada igual de aviesa.

Durante dos días nuestras conversaciones se interrumpieron de forma repentina.

En el largo balcón común a las habitaciones de ambos nos evitábamos por completo: tan sólo unos improvisados «hola», «buenos días», «hace bueno», palique superficial.

Entonces, sin ninguna explicación, retomamos las cosas.

¿Que si quería ir a correr esa mañana? No, la verdad es que no. Bueno, entonces a nadar.

Hoy el dolor, las esperanzas, la excitación de lo novedoso, la promesa de tanta dicha rondando las puntas de los dedos, el deambular entre gente que podía llegar a malinterpretar pero que no quería perder y por lo tanto debía

---

hacer constantes conjeturas, el ingenio desesperado que le brindo a todo el mundo que quiero y deseo que me quiera, las separaciones que intercalo entre el mundo y yo que no son sólo una, sino una serie de capas de puertas deslizables de papel de arroz, el impulso por codificar y descodificar lo que ni siquiera estuvo jamás en código. Todo esto comenzó el verano en el que Oliver llegó a nuestra casa. Está grabado en cada canción que sonó aquel verano, en cada novela que leí durante su estancia y después, en cualquier cosa, desde el olor del romero en los días calurosos, hasta el ruido frenético de las cigarras por las tardes. Los sonidos y los olores con los que he crecido y que conozco de cada año de mi vida de repente se volvieron en mi contra y adquirieron un cariz tintado por lo ocurrido aquel verano.

O quizá comenzó después de su primera semana, cuando me sentía contentísimo de saber que aún sabía quién era, que aún no me ignoraba y, por lo tanto, podía permitirme el lujo de cruzarme con él cuando me dirigía al jardín sin tener que fingir que no le veía. El primer día fuimos corriendo hasta B. por la mañana temprano. Y después todo el camino de vuelta. Por la mañana al día siguiente nadamos. A la jornada siguiente, salimos a correr de nuevo. Me gustaba echar carreras a la camioneta del lechero cuando aún le quedaba mucho por repartir, y trotar mientras el tendero o el panadero comenzaban a prepararse para su jornada laboral, me encantaba hacerlo por la orilla y por el paseo marítimo cuando no había ni un alma todavía y nuestra casa parecía tan sólo un espejismo lejano. Me deleitaba que nuestros pies se coordinasen, el izquierdo con el izquierdo, y chocasen contra el suelo a la vez, dejando nuestras huellas en una arena a la que tenía la intención de volver y, en secreto, colocar mi pie en el lugar donde él dejó su marca.

Esta alternancia entre correr y nadar era simplemente su rutina en la universidad. ¿Correría también en Sabbat?, bromeaba. Siempre se estaba ejercitando, incluso cuando estaba enfermo; hacía ejercicio incluso en la cama si hacía falta. Hasta el punto de que si había dormido con alguien por primera vez la noche antes, aun así se levantaba para trotar prontito por la mañana. El único momento en que no se ejercitó fue cuando le operaron. Al preguntarle por qué, me sorprendió con la respuesta que me había prometido que nunca le iba a incitar a responder, como el muñeco sobresaltado que brinca de una caja con un resorte y su siniestra sonrisa. «¡Luego!»

Quizá se había quedado sin aliento y no quería hablar demasiado, o tan sólo quería concentrarse en la natación o la carrera. O tal vez era su modo de incitarme a hacer lo mismo, de forma totalmente inofensiva.

Pero había algo escalofriante y desalentador en la inoportuna distancia que surgía entre nosotros en los momentos más inesperados. Era casi como si lo estuviese haciendo a propósito; dándome más y más coba para después alejar de golpe cualquier atisbo de amistad.

La mirada inflexible siempre volvía. Cierta día, mientras yo practicaba con la guitarra en lo que se había convertido en «mi mesa» en la parte trasera del jardín junto a la piscina y él estaba tumbado cerca, en la hierba, me di cuenta de ese semblante al momento. Estuvo mirándome fijamente mientras me concentraba en los trasteos y cuando de repente levanté la cabeza para ver si le gustaba lo que estaba tocando, ahí estaba: cortante, cruel, como una cuchilla reluciente que se repliega justo en el momento en el que la víctima se percató de su presencia. Me brindó una sonrisa insulsa como queriendo decir, *para qué ocultarlo.*

Aléjate de él.

Debió de percatarse de que me había molestado y, haciendo un esfuerzo por retractarse, comenzó a hacerme

preguntas sobre la guitarra. Estaba demasiado en guardia como para responderle con candor. Mientras tanto, el ver que estaba luchando por encontrar respuestas le hizo sospechar que quizá pasaba algo más de lo que yo mostraba.

—No te preocupes por explicarme nada. Simplemente tócala otra vez.

—Pero si pensaba que la odiabas.

—¿Odiarla? ¿Qué te hizo pensar eso?

Discutimos un rato.

—Venga, tócala otra vez.

—¿La misma?

—La misma.

Me levanté y entré en el salón. Dejé las puertaventanas abiertas para que pudiese escucharme tocar el piano. Me siguió hasta la mitad del camino y tras apoyarse en el quicio de la ventana de madera, me escuchó durante un rato.

—La has cambiado. No es la misma. ¿Qué le has hecho?

—Tan sólo la he tocado de la manera en la que lo hubiese hecho Liszt si hubiese experimentado con ella.

—Sólo tócala, por favor.

Me gustaba la manera con la que fingía estar mosqueado. Así que comencé a tocarla de nuevo.

Después de un rato:

—No puedo creer que la hayas vuelto a cambiar.

—Bueno, pero no demasiado. Así es como Busoni la hubiese tocado si hubiese alterado la versión de Liszt.

—¿Puedes, por favor, tocar a Bach como lo escribió el propio Bach?

—Pero él nunca lo escribió para guitarra. Quizá ni siquiera lo escribiese para clavicémbalo. De hecho no estamos seguros de que sea de Bach.

—Olvida que te lo he pedido.

—Vale, vale. No hace falta que te exasperes tanto —dije. Era mi manera de mostrar una fingida y reticente

---

conformidad—. Esto es Bach transcrito sin influencias de Busoni o Liszt. Es de un Bach muy joven y está dedicado a su hermano.

Sabía perfectamente qué fragmento de la pieza le iba a conmover la primera vez que lo tocase y todas las demás veces que lo oyese. Se lo estaba enviando como un pequeño regalo pues en realidad iba dedicado a él, como señal de algo muy bonito en mí que no hacía falta ser un genio para reconocer y me impulsaba a imprimirle una cadencia prolongada. Sólo para él.

Estábamos —y él debió de haber reconocido las señales mucho antes que yo— ligando.